

de los ejércitos de aquella época. Esta cruel situación decidió á Wrangel á intentar una empresa que debía cambiar repentinamente la faz de los negocios. Todos sus predecesores habian procurado llevar la guerra al seno mismo de los Estados hereditarios del Austria; él tambien concibió este proyecto; pero como ninguno de los medios empleados hasta entónces habia tenido un éxito completo, se propuso seguir un nuevo plan de operaciones. Este plan, ademas, habia sido el de Gustavo, quien dejó de realizarlo por los peligros que amenazaban á la Sajonia, esta aliada ingrata que tan mal pagó siempre los grandes y numerosos sacrificios que la Suecia habia hecho para salvarla. Tambien el duque Bernardo de Weimar, mas dichoso bajo este punto de vista que el gran rey, habia querido penetrar al Austria, siguiendo el curso del Danubio; pero aun cuando logró extender sus conquistas hasta las márgenes del Inn, habia tenido que volver sobre sus pasos. Lo que dos grandes capitanes habian intentado inútilmente, Wrangel creyó poder realizarlo. La situacion del enemigo, que no podia acudir en socorro de la Baviera, sino despues de atravesar la Franconia, parecia justificar esta orgullosa pretension. Los principios de esta grande empresa fueron mas felices que nunca.

Despues de derrotar á un cuerpo bávaro cerca de Donawerth, Wrangel pasó el Danubio y el Lech sin ninguna dificultad, pero en lugar de continuar avanzando, puso sitio á Augsburgo, y con esto dió tiempo al emperador no solamente de socorrer á esta ciudad, sino tambien de reunir fuerzas considerables que lo rechazaron hasta mas allá de Lauangen. Para acabar de alejar la guerra de Baviera, los imperiales se dirijieron hácia la Suabia, y Wrangel se aprovechó de esta falta para pasar de nuevo el Lech, del cual quedó dueño por

un momento. Desde entónces estaba la Baviera abierta para el enemigo que quisiera invadirla, y se encontró de repente inundada de franceses y suecos, que se indemnizaron de las privaciones por medio del pillage y todos los excesos que puede permitirse una soldadesca desenfrenada. Los imperiales, que al fin pasaron el Lech á su vez, cerca de Thierhanpten, pusieron el colmo á las desgracias de este país, que desde este instante fué devastado á porfia por amigos y enemigos.

El momento habia llegado, finalmente, en que por la primera vez durante esta larga guerra se debía ver la constancia de Maximiliano que habia resistido veintiocho años de luchas y de pruebas. Fernando II, su compañero de colegio en Ingolstad, el amigo de su juventud, ya no existia: su muerte habia roto el mas sagrado de todos los lazos que unian la Baviera con el Austria. Ligado con el padre por la amistad, no veia en el hijo mas que al monarca extraño para su corazon, y de cuyos peligros consiguientes no debía participar sino en cuanto lo exigiesen los intereses de sus propios Estados.

Estos intereses fueron los que la política francesa hizo valer para decidir al elector á deponer las armas y renunciar á la alianza austriaca. Para obtener este resultado Mazarino hizo callar la envidia secreta que tenia á los suecos y permitió á Turena que los secundase en su empresa á Baviera, porque sabia que convirtiendo á este país en el teatro de la guerra, reduciria al elector á la desesperacion y privaria á Fernando III de su mas poderoso y último aliado. En efecto, el Brandeburgo, gobernado por un grande hombre, habia adoptado ya el sistema de neutralidad, y la Sajonia habia sido forzada á aceptarla. La España, atacada por todos lados,

no podia hacer mas sacrificios para alimentar la guerra de Alemania; la Dinamarca se habia retirado por su tratado de paz con la Suecia, y una larga tregua condenaba á la Polonia á la inaccion. Para dejar al emperador en un aislamiento completo en medio de su vasto imperio y ponerlo á merced de la Francia, no quedaba mas por hacer que separar á Maximiliano de su causa, y no se descuidó medio alguno para conseguirlo. Fernando III, que conocia el peligro de que estaba amenazado, procuró conjurarlo. Pero ya habian logrado convencer á Maximiliano que la España era la única que se oponia á la conclusion de la paz general, impidiendo al emperador el aceptar una tregua para facilitar las negociaciones; y Maximiliano, que era enemigo natural de la España, y que se habia opuesto á sus pretensiones sobre el Palatinado, de ninguna manera se sentia dispuesto á sacrificar á este gabinete la felicidad de su pueblo, el porvenir de sus Estados y su propia fortuna. Persuadiéndose á sí mismo que no cedia sino á las leyes imperiosas de la necesidad, creyó satisfacer sus deberes para con el emperador, ofreciéndole los medios de participar de los beneficios de la tregua que estaba á punto de firmar. Los plenipotenciarios encargados de arreglar las cláusulas se habian reunido en Ulm, y la conducta de los agentes del Austria, probó muy pronto que Fernando III solo buscaba el modo de embarazar las deliberaciones.

El punto mas difícil era el de decidir á los suecos á que consintiesen en una suspension de armas, porque ellos tenian mucho que ganar en la continuacion de una guerra en la que sin cesar conseguian ventajas. El emperador, sin embargo de esto, queria dictarles leyes, pretension que indignó de tal modo á sus representantes que se dispusieron á abandonar bruscamente el congreso y para detenerles fué preciso que

los que representaban á la Francia recurriesen á la amenaza. No habiendo podido lograr que Fernando III tomase parte en la conclusion de la tregua, Maximiliano lo abandonó completamente y firmó el 14 de Marzo de 1647 un tratado por el cual cedia á los suecos todas las conquistas que habia hecho en la Suabia y estos se obligaron á retirar sus tropas de la Baviera. Los suecos le devolvieron todas las conquistas hechas en el electorado, en cambio de la cesion que á ellos se les hacia de las que él habia hecho en Suabia.

Despues de firmar este tratado, los ejércitos sueco y frances fueron á tomar sus cuarteles de invierno al ducado de Wurtemberg, á la alta Suabia y á los alrededores del lago de Constanza. En la extremidad septentrional de este lago, que forma el límite al Sur de la Suabia, la ciudad austriaca de Bregenz, protegida por altas montañas y estrechos desfiladeros parecia desafiar á todos los enemigos. Los habitantes de la comarca, por este motivo, se habian refugiado en ella con todo lo que tenian de mas precioso. El rico botin acumulado en esta fortaleza natural y el deseo de apoderarse de los desfiladeros que conducen á la Suiza, á la Italia y al Tirol, decidieron al general sueco á intentar hacerse dueño de ella, y lo consiguió á pesar de la resistencia que opusieron seis mil aldeanos que defendian la ciudad y los desfiladeros. Entre tanto, Turena, que se encontraba en el ducado de Wurtemberg, obligó al elector de Maguncia y al landgrave de Darmstadt á imitar el ejemplo de la Baviera firmando las condiciones de la tregua.

La Francia parecia haber alcanzado el objeto que se proponia hacia tanto tiempo, porque al fin podia dictar una paz vergonzosa al emperador, que de repente se encontró privado del apoyo que le habian dado la «Liga» y varios príncipes

protestantes. De todos sus formidables ejércitos no le quedaban mas que doce mil hombras cuyo mando se vió precisado á confiar al general Melander, calvinista, y desertor Hesses, porque todos sus generales habian perecido: pero los mismos caprichos de la fortuna que durante esta guerra tantas veces habia desbaratado las combinaciones mas acertadas y las mas fundadas esperanzas, elevaron de nuevo tras de una corta crisis á la casa de Austria de la humillacion en que habia caido.

La Francia, envidiosa siempre de la influencia sueca en Alemania, temia al mismo tiempo, y de un modo igual, la ruina y el poder demasiado extenso del emperador. Así es que en lugar de aprovecharse de las dificultades de Fernando III para humillar á una casa en la cual el gabinete frances veia sin cesar á su mas irreconciliable enemiga, Mazarino fué, por decirlo así, en su ayuda, ordenando á Turenna que se separase de los suecos y fuese á ocupar los Países Bajos. Aunque abandonado á sus propias fuerzas, Wrangel se atrevió á intentar una expedicion á Bohemia y puso sitio á Eger, que era la llave de este reino. Fernando III en persona fué á socorrer á esta ciudad, pero hizo dar un rodeo á su ejército para no pasar por los terrenos del presidente del consejo áulico de guerra, Schlick, y cuando llegó cerca de Eger, esta fortaleza habia caido en poder del enemigo. Los dos ejércitos, sin embargo, se establecieron el uno frente del otro, y á tan corta distancia, que casi se tocaban los puestos que protegian los trabajos avanzados de los campos. Se esperaba de un momento á otro una batalla, pero los imperiales, aunque superiores en número, se limitaron á inquietar á los suecos con escaramuzas y falsas maniobras, porque el emperador no queria emprender nada decisivo ántes de haber terminado las ne-

gociaciones que acababa de entablar con la Baviera. La neutralidad de esta potencia lo habia ofendido de tal modo, que despues de haber procurado, aunque en vano, el disuadirla, se creyó autorizado á castigarla por todos los medios posibles. El tratado que Maximiliano habia firmado é inutilizaba á su ejército, no podia dejar de desagradar á los oficiales, y en efecto, mostraron en alta voz su descontento. El valiente Juan de Werth no solamente aprobó su conducta sino que formó una conspiracion, cuyo objeto era hacer pasar á todo el ejército bávaro al servicio del Austria. Fernando III no se avergonzó de proteger abiertamente esta traicion al mejor amigo, al mas fiel aliado de su padre; y llevó la impudencia hasta publicar un edicto en el cual él mismo llamaba al ejército bávaro, sosteniendo que pertenecia al imperio, y que Maximiliano no habia sido el gefe de él sino en nombre del emperador y sometido á sus órdenes.

El elector descubrió bastante á tiempo estas maquinaciones para hacerlas fracasar. El juez mas severo no habria podido censurarlo si hubiera intentado vengarse; pero este príncipe era demasiado buen político, para dejarse guiar por una passion cualquiera que esta fuese. La tregua no le habia proporcionado las ventajas con que se habia lisonjeado, y lejos de facilitar las negociaciones de las que se ocupaban siempre Munster y Osnabrück, las hacia mas difíciles aumentando las exigencias de las partes contratantes, á quienes la tregua por lo ménos en aquel instante desembarazaba del peso de la guerra. El elector de Baviera habia libertado á sus Estados de los suecos y de los franceses, pero al renunciar al derecho de hacer acampar sus tropas en Suabia, se habia puesto en la necesidad de alimentarlos en su propio país ó despedirlos. El primer partido era superior á sus fuerzas; el segundo lo

hubiera dejado solo sin medios de defensa, cuando el derecho del mas fuerte era la norma de los intereses de todos. En esta alternativa tomó la resolución de romper la tregua y de acudir de nuevo á las armas; el pronto socorro que á consecuencia de esta determinacion envió á Bohemia, obligó al general Wrangel á evacuar este reino y replegarse para verificar su union con el ejército de Turena. Con este objeto atravesó la Turingia, la Westfalia y el Luneburgo; los imperiales mandados por Melander y Grönsfeld lo siguieron muy de cerca y si hubieran podido alcanzarlo ántes de reunirse con Turena, la pérdida de los suecos era segura. Pero fueron salvados por las mismas causas que algunos meses ántes habian impedido la ruina del emperador.

En medio del furor de los combates, la fria política de los gabinetes dirigia los negocios y su vigilancia parecia aumentar á medida que se acercaba la conclusion de la paz. No estaba en los proyectos de Maximiliano dejar de repente que la balanza de la fortuna se inclinase en favor de Fernando III, autorizándolo de este modo á aumentar sus pretensiones; la Francia se habia encargado de moderar las de la Suecia, proporcionándole pérfidamente el apoyo de sus armas, segun las ventajas que obtenia, es decir, abandonándola cuando se encontraba fuerte y sosteniéndola cuando estaba próxima á caer. El elector de Baviera desempeñaba en secreto la misma tarea con el emperador, por lo mismo ordenó á su general que cesase de perseguir á Wrangel mas allá del Wesser. Melander, demasido débil para continuar solo esta persecucion, se dirigió á Jena y Erfurt, donde invadió el país de Hesse, del que ántes habia sido el defensor. Si es cierto que fué instigado á esta expedicion por el deseo de castigar á la princesa Amalia, su soberana legítima, de faltas que

la acusaba haber cometido contra él, tuvo muy pronto que arrepentirse de haber seguido las inspiraciones de la venganza á despecho de los consejos de la razon y de la humanidad. Los excesos y las crueldades de sus tropas, que él mismo autorizaba con su ejemplo, agotaron de tal modo los recursos del desgraciado país de Hesse, que muy pronto se vió asaltado por el hambre y enfermedades epidémicas, mientras que los suecos que estacionaban en el Luneburg tenian víveres en abundancia y podian completar sus regimientos y remontar su caballería.

En medio del invierno de 1648 Wrangel se encontró en estado de abrir de nuevo la campaña. Su primer cuidado fué libertar el país de Hesse, atacó á Melander, quien en el primer encuentro sufrió una derrota tan completa, que tuvo que huir hasta las orillas del Danubio.

Entre tanto la Francia habia burlado de nuevo la esperanza de los suecos, deteniendo en las márgenes del Rhin al ejército de Turena. Wrangel se vengó haciendo que toda la caballería del antiguo ejército del duque Bernardo se pasase á sus banderas. Este paso atrevido lastimó la susceptibilidad del gabinete frances, é hizo que se manifestase poco dispuesto á permitir que sus tropas se uniesen con las de Suecia. Esta reunion se operó, sin embargo, y los dos ejércitos mandados por Wrangel y Turena tuvieron la gloria de abrir la última campaña de esta larga guerra. Despues de algunas expediciones poco importantes, introdujeron provisiones en Eger que estaba sitiada por los imperiales, pasaron el Danubio y derrotaron cerca de Zusmarshausen á las tropas imperiales y bávaras que se oponian á su paso. Melander recibió en esta batalla una herida mortal y el general bávaro Grönsfeld pasó el Lech con el resto del ejército para

impedir al enemigo el penetrar á Baviera; pero no fué mas dichoso que lo que habia sido en otro tiempo el anciano general Tilly, quien perdió la vida en aquel mismo lugar sin haber podido salvar á su país del peligro que lo amenazaba. Wrangel y Turena escogieron la posicion inmortalizada por el triunfo de Gustavo-Adolfo; su victoria fué casi tan completa como aquella é hicieron pagar muy caro á Maximiliano la traicion de que se habia hecho culpable para con ellos, rompiendo bruscamente la tregua. Mientras que ellos pasaban el Iser y se adelantaban hasta las orillas del Inn, el elector huía hasta el fondo del Tirol donde se mantuvo oculto cuidadosamente.

Una lluvia incesante que de repente convirtió al Inn en un torrente impetuoso, garantizó de nuevo á los Estados austriacos de una invasion de los franceses y de los suecos. Diez veces arrojaron un puente de barcas sobre este rio, y diez veces fué arrastrado por las furiosas olas.

Nunca el partido católico habia experimentado como entonces un terror pánico tan grande, porque no le quedaba un solo general capaz de luchar con probabilidades de buen éxito, contra capitanes como Königsmark, Wrangel y el gran Turena. En esta cruel extremidad el valiente Piccolomini dejó los Países Bajos para venir á colocarse á la cabeza de los últimos restos del ejército imperial; pero ya la falta de víveres habia obligado á los franceses y suecos á evacuar la Baviera y á retirarse al alto Palatinado, donde no tardaron en recibir la noticia de la paz. Königsmark, entre tanto, habia conducido su cuerpo móvil á Bohemia y el capitán Ernesto Odowalkisky, que después de haber sido mutilado al servicio del Austria, habia sido despedido sin ninguna recompensa, le

proporcionó el modo de tomar á Praga, por el lado conocido con el nombre de Ciudad Nueva.

Esta expedicion, que no costó á los suecos mas que un solo hombre, valió á Königsmark el honor de haber terminado la guerra de treinta años por una última accion verdaderamente brillante, que contribuyó á poner un término á las irresoluciones de Fernando III.

La parte de Praga llamada la ciudad vieja y que está separada de la ciudad nueva por el rio Moldan, cansó con su prolongada resistencia al conde palatino Carlos-Gustavo que acababa de llegar de Suecia con nuevas tropas. En vano este jóven príncipe reunió bajo los muros de Praga todas las fuerzas de que podia disponer; el rigor de la estacion lo obligó á levantar el sitio y tomar cuarteles de invierno. En ellos recibió la noticia de que la paz habia sido firmada en Münster y Osnabrück el 24 de Octubre de 1648, paz que puso un término á las batallas que hacia treinta años desolaban á la Alemania.

A otra pluma le está reservado el dar una justa idea de los esfuerzos gigantescos con los cuales se logró que se firmase esta paz duradera, sagrada y célebre que es conocida con el nombre de *Paz de Westfalia*. Para comenzar las negociaciones, fué preciso vencer obstáculos casi insuperables, porque solo apoderándose de los acontecimientos mas fútiles, de las casualidades mas insignificantes, se consiguió encaminar á un solo objeto tantos intereses opuestos. La superioridad del génio, unida á una paciencia á toda prueba, pudo solo continuar aquellas negociaciones al traves del cambio perpetuo de las eventualidades de la guerra é imprimirles el sello solemne que las convirtió en un tratado definitivo. A otra pluma tambien, y no á la nuestra, le está reservado el decir

cuál es el contenido de ese tratado, lo que los combatientes han perdido ó ganado durante treinta años de esfuerzos y de padecimientos, y cuáles son los bienes ó los males que de él han resultado para la sociedad europea en general.

La historia de la guerra de treinta años es un hecho tan grande, tan inmenso, que solo puede apreciarse en su conjunto: la historia de la paz que terminó aquella guerra presenta el mismo carácter.

Un análisis de esta obra imponente de las pasiones y de la sabiduría humana no formaría mas que un esqueleto disecado, y lo despojaría de todo lo que lo hace digno de la atención y del exámen concienzudo de la posteridad.

FIN.

